

II Domingo del Tiempo Ordinario (15-01-2023)
Misa en memoria de los fallecidos por las protestas sociales
Homilía de Monseñor Carlos Castillo (Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Todavía, muy fuertemente, con el corazón consternado por esta injusticia, vamos hoy día a meditar sobre lo que significa todo lo que está pasando.

A la Iglesia nos corresponde una reflexión fundamental, espiritual. Las investigaciones, las interpretaciones políticas, económicas y sociales, corresponden a otros ámbitos; nosotros no vamos ni a derecha ni a izquierda, ni a centro, vamos al fondo. ¡Y esa es nuestra misión!, pero, desde el fondo, podemos hacer renacer, resucitar, todas las condiciones sociales, políticas, económicas, derechas, centros e izquierdas ... todo puede perfeccionarse si se va al fondo de las cosas.

Hace cinco años, el Papa Francisco nos visitó el día 18 de enero de 2018, día de la Fundación de Lima. Y, como he dicho al inicio de la Eucaristía, dejó especialmente a los jóvenes la misión: “No se dejen robar la esperanza”. Sabio programa, propio de un maestro espiritual que, con su sabiduría, sabe prever las situaciones para poder prepararnos a lo más difícil. Y, hoy, distintos hechos e intereses intentan el robo de nuestra esperanza de comunidad humana llamada Perú, pueblo que sufre y cree, y que tiene la misión de saber esperar.

El Señor, Aquel que nos ha dado alegrías y generosidades entre peruanos en medio de nuestras diferencias, en cierto modo, está siendo violentado por quienes juegan con nuestra identidad,

generosidad, sencillez e inocencia, y también pretenden burlarse para usarla por algún juego de interés y de poder.

Al ver la foto que nos llegó de Juliaca con la multitud y su hilera de féretros que fueron llevados al medio de la plaza, pero colocados frente a la iglesia mayor (aunque la Iglesia estaba cerrada), podemos comprender que algunas circunstancias hayan impedido abrirla, pero tenemos el deber, como Iglesia, de abrir nuestras iglesias a los dolores de nuestro pueblo, a su sensibilidad, a sus búsquedas, así como las abrimos también a sus alegrías. Por eso, esta Misa no solamente lo hacemos como Iglesia de Lima, sino unidos a todas las iglesias de la nación y a los sufrientes con los cuales quisiéramos compartir su sufrimiento, familiares, hermanos policías, médicos y, sobre todo, la enorme cantidad de jóvenes que han sufrido la muerte.

Nuestra Iglesia está unida a nuestro pueblo, porque el Señor la denominó “Pueblo de Dios”, Pueblo de su propiedad. El Evangelio (Jn 1, 29-34) nos cuenta que Juan el Bautista distingue al Señor como *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*, y lo distingue porque su pueblo lo esperaba por siglos. Y él, en una situación difícil, dramática y calamitosa como la del inicio de la fe cristiana del tiempo de Jesús, también lo esperaba y estaba con expectativa. Por eso, en la traducción quechua que ha leído monseñor Octavio Casaverde, se dice: “Y gritó en alta voz: ¡He ahí el Cordero de Dios!”, como que lo estaba esperando en una situación urgente, necesitado de encontrar un camino que llevara a devolver la esperanza a su pueblo. Y Juan, que era un creyente, sabedor de las promesas de Dios que siempre se cumplen, puso toda su fuerza y su iniciativa para ayudar a encontrar una salvación, y por eso, introdujo el bautismo de agua. Juan quiso colaborar con Jesús poniéndose a su servicio, aunque no lo conocía, pero aceptó la

novedad, la sorpresa de que, en una persona pobre y sencilla de Israel, Dios se iba manifestar.

En el pasado también, cuando el pueblo estuvo exiliado, triturado y disperso, en la Primera Lectura leída en quechua (Is 49, 3. 5-6), se nos dice que *el Señor haría surgir un siervo suyo, una persona humana, tejida por Dios en el vientre de una madre, para ser su servidor... y que tiene la fuerza directa de Dios, que conduce los acontecimientos a pesar de la apariencia*. Isaías sentía como si en su propia vida estaba realizándose la promesa por medio de dos misiones: devolver al pueblo a su tierra y reunirlo. Y el Señor le dice a ese siervo, que también es Isaías y también es Israel: *“Es necesario que tengas aún una misión mayor: convertir a tu pueblo para que sea luz de las naciones, para que su salvación alcance a todos los pueblos de la Tierra y para que la acción de ese siervo, de servidor, sea fuente de paz en el mundo”*. Devolver, reunir, iluminar a las naciones, para que desaparezca toda oscuridad. Y, en ese texto, se nos invita a mirar más ampliamente, en medio de la adversidad y la dificultad, a no dejarnos llevar por el sentimiento inmediato de desesperación y comprender lo que se está jugando hondamente: se está jugando el destino de las naciones, el ir hacia la paz, el amor y la solidaridad universal o de lo contrario convertirnos en un polvorín que, finalmente, hace de la Tierra un infierno.

Por eso, si volvemos al Evangelio de Juan, encontramos que Juan Bautista ve un valor enorme en este “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Y, ¿por qué lo entendemos así? ¿Por qué Juan dio a sus mismos discípulos para que acompañaran a Jesús?. Esta mañana, el Papa Francisco ha dicho que Juan no manipulaba a sus discípulos, que invitaba a que fueran por su camino, reconocieran dónde tendrían que ir y,

como tenían a Jesús, que lo acompañaran para aprender. Es el camino de la libertad, el camino de una educación que no se impone, sino que se suscita, que intenta comprender al alumno e intenta ponerse en su situación.

Por eso, así como Juan esperaba al Señor, y esperaba que sea distinto a como había sido la historia una y otra vez, repetitiva, de masacres y destrucciones en Israel, esperaba a alguien realmente nuevo. Entonces, nos preguntamos: ¿estamos esperando todos a Jesús, que está viniendo en los que vienen, viven y mueren? ¿Leemos su mensaje en la muerte de nuestros hermanos? ¿Cómo, nosotros, respetamos la presencia del Señor y escuchamos su voz en los que han sido silenciados? ¿Reconocemos la presencia en nuestra historia de la inmensidad de siervos sufrientes, que nos llaman, nos interpelan en cada acontecimiento, en cada muerte? ¿Consideramos realmente que todos los muertos son nuestros y que nadie nos libera de esta hermandad? ¿Estamos convencidos de que no hay muerto ajeno? Si no es así, todavía tenemos que profundizar más, sino, como decía Jesús, *moriremos de la misma muerte*.

A veces pensamos que los hechos son neutros y sin Dios, pero hoy estamos aquí para señalar, como Juan Bautista, cómo está presente Jesús en esta tragedia peruana. Esta tragedia, a pesar de todos los males que tiene, nos muestra a Jesús que viene en todos los muertos por los que realizamos esta misa hoy día, porque ellos son similares al *cordero degollado, ensangrentado, abaleado y calcinado*. Y esos corderos hablan, nos interpelan, nos invitan a abandonar el camino violento, a proceder con inteligencia y verdad, a detectar a los que dan órdenes o consignas equivocadas propagadoras de la muerte, y a quienes

han tomado decisiones equivocadas y están obligados a corregirlas.

En medio de nuestro dolor por la muerte de nuestros 49 hermanos asesinados estos días de diversas formas, ni ellos ni nosotros estamos solos, Dios está allí.

Quienes perpetraron estas muertes, quizás, escondían, en algunos casos, la intención de ganar algún poder, alguna posición política, algún beneficio generado por el caos y de ganar a río revuelto como los pescadores, la pretensión de mezquindades y finalidades mezquinas que durante estos últimos años hemos denunciado por la ambición desmedida de poder y de dinero recubierta de ideologías para aprovecharse de la situación, poniendo el país en vilo solo para ganar sus objetivos, es el mal endémico que tenemos que superar.

Pero, la base de ello, es una frivolidad que ciega para no percibir el drama humano que estamos viviendo y la posibilidad de felicidad futura si cambiáramos de actitud para reconocer el valor de todos y cada uno como hermanos iguales.

Esos hermanos que han hecho esto (quizás, haya alguno por un disparo equivocado, pero, en general, todo lo que ha habido y puede haber), quizás no sabían que mataban al Señor. Pero, si son 49, 49 veces han intentado matar al Señor Jesús, porque Jesús está en el rostro de cada víctima, y cada víctima representa también el rostro del Dios de los humillados, de los aniquilados, que en sus rostros dormidos pronuncian su palabra: ¡Paz!, palabra interpeladora, cuestionadora, que vuelve a los victimarios. Y, sobre cada uno de nosotros, esta pregunta: *¿Qué has hecho Caín?, ¿dónde está tu hermano?, ¿dónde está tu hermano Abel?*

Y los que no hemos ejecutado físicamente estas maldades, también recibimos el espíritu profundo de esta palabra para pacificar nuestras costumbres, nuestras mentalidades rígidas, nuestros desprecios y exclusiones, para tener sentimientos como los de Jesucristo que, “siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se anonadó, tomó la condición de nada, de siervo, pasando por uno de tantos y sufriendo una muerte, la peor de las muertes, una muerte de Cruz.” (Fil.2)

Estos sentimientos nos levantan, como Jesús, a introducir en nuestras mentalidades, en nuestra manera de ser y en nuestras decisiones, la organización efectiva, sencilla y sincera de la paz y la amistad social. A esos hermanos que han matado y se mueven perdidos como alma en pena irradiando más muerte, les decimos y los llamamos con el corazón estremecido de dolor, que la sangre derramada no clama venganza, su sangre clama misericordia y paz, rectificación de comportamientos y conversión, para que termine esta tenebrosa y oscura espiral de violencia absurda e inaudita.

Hay modos pacíficos de organizarnos para resolver las grandes demandas de cada región pobre del Perú. No necesitamos liquidar el Estado que tanto ha costado construir y, al cual, siempre y actualmente se opusieron los intereses mezquinos y egoístas. El Estado peruano se formó a pulso con mártires fundadores de cada una de las instituciones y, por eso, están bien cimentadas. Basta también de hacernos la idea de que destruyendo el Estado se arreglan las cosas, porque destruyendo el Estado terminamos, finalmente, hundidos en el caos y en manos de un solo poderoso que hará trizas nuestras vidas.

Por eso, hermanos y hermanas, perfeccionemos lo que hemos construido y corriamos lo que se construyó mal, pero tengamos tranquilidad, conciencia, reflexión. Nuestras víctimas no son un número anónimo, son los rostros humanos (muchos de ellos juveniles) de vidas cegadas por quienes, desde diferentes ángulos, nos quieren distraer de la esperanza.

Nuestras víctimas son la imagen con qué se presenta Jesús a nosotros aquí y ahora, justamente, cuando sus asesinos mataron al Señor. Hoy día lo siguen matando en cada inocente y humilde que expira, mucho más, haber padecido por obra de fuerzas oscuras agazapadas en varios lados, haber recibido la muerte letal de medios alevosos.

Hermanos y hermanas, mantengámonos despiertos, razonando entre los *potros de bárbaros atilas* y los *heraldos negros que nos manda la Muerte*. Estos *Atilas* y estos *heraldos* han blasfemado y están blasfemando, peor que lo que hace el Destino, muchísimas “*fes*” adorables de los jóvenes, que son los jóvenes asesinados, pero también los sobrevivientes

Intentemos concentrarnos en el sentido que tienen estas muertes injustas que nos interpelan para cambiar y procurar un país hermano, un país de hermanos que se asocian, se comprenden, colaboran los unos con los otros, se hermanan. Que siempre sus sufrimientos nos conduzcan a reconocer que sus caídas - y lo dice el poeta César Vallejo - *son las caídas hondas de los Cristos del alma* que, para *empozarse* en lo hondo de nuestras almas, nos permita que todos *volvamos los ojos*, y sintamos que sobre nuestro hombro, *nos llama una palmada* y los podemos ver a los ojos, cara a cara, reconociendo al hermano, al pobre que, con su mirada desesperada, nos pide auxilio.

Por eso, hermanos, meditemos hondamente en esta oración que hacemos, todo el camino que hemos de seguir, para aprender a complementarnos, apreciarnos y querernos. Dios bendiga a todos nuestros difuntos y reciban nuestra más profunda y sincera condolencia todos sus familiares.

Y que las crueldades terribles que se han hecho en algunos de ellos (en especial, los que recibieron terriblemente balas Dum Dum y nuestro hermano policía incinerado), que esas crueldades salgan de nuestro horizonte, porque solamente son las de los *heraldos negros que nos manda la muerte*; en cambio, el Señor que nos “habla” desde esos cadáveres, nos invita a la esperanza duradera, cierta y completamente alegre que viene de la buena noticia del Evangelio.

Amén.